



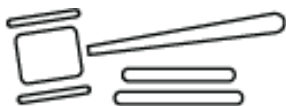
THE
MENTORING
PROJECT

LA GUERRA ESPIRITUAL: CÓMO DESCUBRIR LA SABIDURÍA DE DIOS EN UNA BATALLA LEGAL



AUTOR: DR. RICHARD PERHAI
EDITOR: DR. LARRY OATS

**LA GUERRA
ESPIRITUAL: CÓMO
DESCUBRIR LA
SABIDURÍA DE DIOS
EN UNA BATALLA
LEGAL**

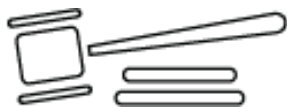


AUTOR: DR. RICHARD PERHAI

EDITOR: DR. LARRY OATS

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN: EL COSTO DE TENER LA «RAZÓN»	4
PARTE 1: LA RAÍZ DEL FUEGO	7
PARTE 2: EL TRIBUNAL Y LA CRUZ.....	12
PARTE 3: EL PROTOCOLO DE MATEO 18	16
PARTE 4: ASTUTOS COMO SERPIENTES Y SENCILLOS COMO PALOMAS	20
PARTE 5: LAS CICATRICES DE LA PELEA.....	23
CONCLUSIÓN	25



INTRODUCCIÓN: EL COSTO DE TENER LA «RAZÓN»

Conocí una vez a un hombre llamado Dave. Era la clase de persona que querías por vecino; al menos, así era al principio. Dave era estable, trabajaba mucho y cuidaba del césped con una precisión casi propia de un pasatiempo, pero se topó con un problema que acabó por consumirle la vida: una franja de tierra de menos de un metro.

Todo empezó con una valla nueva. Su vecino, alguien más joven que no compartía el fervor de Dave por los linderos, levantó una valla de madera que, según Dave, se adentraba noventa centímetros en su lado de la línea divisoria. En lugar de tomar un café para hablar, Dave sacó los mapas topográficos. Como el vecino no cedió, Dave le enseñó las cartas de un despacho de abogados. Lo siguiente fue una obsesión de diez años que le costó a Dave cincuenta mil dólares en honorarios legales.

Finalmente, compareció ante un tribunal y un juez le dio la razón. La valla fue reubicada. Dave recuperó sus noventa centímetros de césped. Sin embargo, mientras estaba allí, sobre esa diminuta franja de tierra, se encontraba en un cementerio que él mismo había construido. Había ganado el caso, pero había perdido la alegría. Había perdido el respeto de la gente del pueblo, que ahora lo veía como el hombre que demandaría a su propia sombra si esta atravesaba el lindero. Sobre todo, perdió su autoridad para hablar de cómo hallar la paz en Dios. Nadie quería oír hablar de un Salvador a un hombre que se pasó una década en una guerra por el espacio que medía lo que una podadora. Tenía las escrituras del terreno, pero su alma se había quedado seca y vacía.

GUÍA DE CAMPO

Esta es la realidad que solemos ignorar cuando hablamos de justicia. Creemos que tener la razón es el objetivo último, pero olvidamos que tenerla puede salirle sumamente caro al espíritu. Vivimos en una cultura que nos dice que protejamos lo nuestro a cualquier precio, pero rara vez calculamos el costo para nuestro carácter.

Como Dave, la mayoría tenemos alguna manía. Cuando alguien nos causa un perjuicio —una transacción comercial que sale mal, un problema legal o una disputa entre vecinos— nuestro primer instinto no es acudir a la resolución bíblica de conflictos para pedir dirección, sino buscar en las páginas amarillas a un profesional de traje y corbata. Hemos desarrollado una especie de obsesión jurídica. Actuamos como si un tribunal de justicia fuera el único lugar donde pudieran arreglarse las cosas. Pensamos que si obtenemos un veredicto favorable, el daño desaparecerá y recobramos la seguridad.

No obstante, este reflejo de demandar o exigir una citación en la corte revela algo más profundo acerca de nuestro corazón. Demuestra que no confiamos en que Dios dirija nuestra vida. Hablamos de su soberanía el domingo, pero el lunes por la mañana, cuando se incumple un contrato, en vez de confiar en Dios porque las cosas van mal, nos comportamos como si fuéramos nosotros quienes tuviéramos que sostener el universo. Recurrimos a la ley porque tenemos miedo: miedo de que se aprovechen de nosotros, de perder lo que hemos construido y de que, si no luchamos por lo nuestro, nadie lo hará.

El sistema judicial suele hacer las veces de espejo, aunque no uno de esos en los que nos gusta mirarnos. Refleja nuestras necesidades ocultas de control. Cuando estamos dispuestos a destruir una relación o a gastarnos la herencia de nuestros hijos para demostrar algo, estamos ante un ídolo. Hemos hecho de nuestra reivindicación un dios. Creemos que, si ganamos, estaremos a salvo, pero la ley no puede darte seguridad, sino una mera hoja de papel. Si tu bienestar está ligado a un fallo judicial, has amarrado tu barco a un muelle muy inestable.

Hemos de admitir que incluso nuestra búsqueda de aquello que denominamos justicia suele estar teñida de soberbia. Afirmamos actuar por principios, pero normalmente lo hacemos en función del ego. Queremos que nos vean como ganadores y que la otra persona sea humillada. En nuestro afán por tener la razón según lo que dicta la ley, pasamos por alto las exigencias bíblicas de misericordia y humildad que el Señor pide de nosotros.

La idea de esta guía no es brindarte asesoramiento jurídico ni ayudarte a descubrir cómo eludir las normas. Por ahí hay muchos que te cobrarán por

LA GUERRA ESPIRITUAL: CÓMO DESCUBRIR LA SABIDURÍA DE DIOS EN UNA BATALLA LEGAL

hora para decirte cómo salirte con la tuya. Trata, en cambio, de cómo vivir en un mundo quebrantado en lo fundamental sin que ese quebranto impregne tu corazón; de cómo manejar las disputas, los contratos y los conflictos manteniendo —en la medida de lo posible— tu fe intacta, tu corazón en el lugar correcto y la paz.

Vamos a analizar la dura realidad de lo que implica ser una persona de fe cuando alguien intenta quitarte aquello que crees que te pertenece. Vamos a preguntarnos por qué nos apresuramos a confiar en un sistema humano a menudo tan confundido como nosotros. Queremos hallar el modo de ser administradores responsables de lo que se nos ha dado sin obsesionarnos con ser dueños.

El objetivo es pasar de una vida siempre a la defensiva a una vida de servicio fiel. Es posible que aún tengas que firmar documentos o tratar con abogados, pero la esperanza y el objetivo son que lo hagas sabiendo que tu verdadera herencia ya está a salvo. No tienes que pelear como un huérfano por cada franja de tierra cuando sabes que tu Padre es dueño del mundo entero. Puedes permitirte ser la persona que elige la paz por encima de una victoria de noventa centímetros.

1

LA RAÍZ

DEL FUEGO

Yo, sinceramente, he sentido en alguna ocasión ese mismo nudo en el pecho. Recuerdo que hace unos años hubo una época en que me vi entre la espada y la pared por alguien a quien creía amigo. No se trataba de una gran cantidad de dinero, pero me preocupaba el principio del asunto. Me pasaba las noches mirando al techo, reproduciendo mentalmente todos los alegatos posibles. Tenía el contrato en la mesita de noche y, cada vez que lo veía, notaba que me subía un calor ardiente y agitado. Estaba tan convencido de que tenía la razón que ni siquiera oía la vocecita, en el fondo de mi mente, que me preguntaba qué le estaba haciendo a mi espíritu esta guerra espiritual.

Tú y yo podemos aferrarnos a esa ira como si fuera un escudo, ¿no? Nos hace sentir protegidos por un instante. Creemos que si insistimos lo suficiente y exigimos lo que se nos debe, al final podremos volver a respirar. Sin embargo, ese fue el momento en que acabé cayendo en la cuenta de algo: casi ningún conflicto legal gira únicamente en torno a los hechos o a la cuenta bancaria. La cuestión es lo que sucede en el fondo del corazón, en esos lugares profundos y tranquilos donde decidimos a quién le confiamos la defensa de nuestros intereses. Pero cuando permites que esos incendios legales comiencen a arder, no solo haces daño a la persona con la que peleas: tus pulmones se llenan de humo.

La trampa del merecimiento

La iglesia lleva luchando mucho tiempo con este conflicto en concreto. No es un problema nuevo. Santiago, en los primeros tiempos de la iglesia, escribió a pueblos que, básicamente, estaban peleados entre sí. Les hizo una pregunta que hoy en día nos deja petrificados: «¿De dónde surgen las guerras y los conflictos entre ustedes?» (St 4:1). No culpa al sistema judicial ni a la ausencia de contratos mejores. Explica que provienen de las «pasiones» que luchan dentro de nosotros. Como deseamos algo que no tenemos, reñimos y hacemos la guerra. Señala que deseamos tanto ganar

LA GUERRA ESPIRITUAL: CÓMO DESCUBRIR LA SABIDURÍA DE DIOS EN UNA BATALLA LEGAL

que «matamos». No se refiere a matar en sentido literal, sino al comportamiento del que habló Jesús en el Sermón del monte: cuando estás tan enojado con otra persona que estás dispuesto a insultarla, quizá hasta a demandarla, sin abordar el enojo de acuerdo con la Biblia. Ese enojo, por lo general, proviene de nuestros deseos y expectativas insatisfechos.

No obstante, la mentalidad de merecimiento –un clásico ejemplo de soberbia en la Biblia– es una trampa en la que es facilísimo caer. Analizamos nuestro arduo trabajo, nuestro tiempo y nuestras inversiones, y empezamos a pensar que son derechos que tenemos. Creemos merecer cierto resultado porque respetamos las reglas del juego. Sin embargo, si somos honestos acerca de la fe que decimos profesar, debemos admitir que en realidad no poseemos nada. Todo cuanto tenemos, hasta el aliento que llena nuestros pulmones, es una bendición prestada por el Maestro.

Hay una gran diferencia entre derecho y bendición. Un derecho lo puedes exigir con el puño cerrado. Una bendición, en cambio, la recibes con las manos abiertas. Cuando convertimos las bendiciones en derechos, comenzamos a actuar como si fuéramos nosotros quienes hiciéramos salir el sol porque, casualmente, vivimos en la luz. Nos volvemos exigentes, ansiosos y dispuestos a entrar en guerra por menos de un metro de tierra porque hemos olvidado que, de entrada, el terreno nunca fue nuestro. Terminas peleando por un reino que nunca estuvo destinado a ser tu morada eterna.

El ídolo de la equidad

El mundo habla mucho de equidad, y a menudo buscamos versículos bíblicos sobre la justicia para respaldar nuestras exigencias. Desde pequeños se nos enseña que la justicia debe ser ciega y que la balanza de la justicia debe estar siempre equilibrada. Si alguien te quita algo, debes tener la posibilidad de recuperarlo. No obstante, la equidad es una cosa curiosa si la miras desde la óptica del evangelio y desde una perspectiva cristiana sobre los conflictos. Si Dios fuera estrictamente justo con nosotros, ninguno estaríamos aquí ahora. Estaríamos perdidos, o algo peor. Además, el fundamento mismo de nuestra fe es el acontecimiento más injusto de la historia del mundo. La cruz fue la injusticia máxima. El único hombre perfecto que jamás haya vivido asumió la culpa de quienes hicieron el mal.

Cuando nos obsesionamos con vengarnos, en esencia decimos que queremos justicia bajo nuestras condiciones, no bajo las de Dios. Convertimos la equidad en un ídolo al que adoramos. Creemos que si

podemos equilibrar la balanza, por fin estaremos contentos, pero eso nunca funciona así, ¿verdad? Cuanto más intentas vengarte, más luchas por superar el rencor y la amargura y te transformas en una persona que ya ni reconoces. Te vuelves inflexible y frío. Empiezas a ver a todos como adversarios en potencia, no como prójimos.

Te conviertes en ese siervo de las parábolas al que se le perdonó una deuda enorme y luego salió y estranguló a alguien por unas monedas. Es una manera lenta y silenciosa de volverte un fariseo, alguien que técnicamente tiene la razón, pero que carece por completo de gracia. Puedes ganar la discusión, pero pierdes el corazón y, siendo sinceros, no hay nada más miserable que una persona que siempre está calculando lo que el mundo le debe. Eso acarrea una vida muy solitaria y frágil.

El espectro de la reputación

Luego está el espectro. Lo llamo así porque es el miedo a lo que opine la gente, a ser considerado el malo. He conocido a personas que acudieron a los tribunales y se gastaron cincuenta mil dólares, no porque necesitaran el dinero, sino porque no soportaban la idea de ser calumniadas. Sentían que tenían que aclarar las cosas y demostrar su inocencia, pasando por alto las enseñanzas fundamentales de la Biblia sobre la reputación. No podían dormir porque les perseguía la idea de que alguien, en algún lugar, creía que no tenían la razón.

Sin embargo, piensa un momento en Jesús. Las más altas autoridades judiciales de su tiempo mentían sobre Él. Lo calificaban de bebedor, traidor y blasfemo, y la Biblia dice que Él, por lo general, callaba. Ciertamente, hubo ocasiones en que los desafió con un: «¿Quién de ustedes me puede probar que soy culpable de pecado?» (Jn 8:46a), pero no convocó una conferencia de prensa ni demandó a nadie para proteger su marca. No sentía la necesidad de investigar cada rumor. Confiaba en que el Padre conocía la verdad, y eso le bastaba, lo que es una demostración de cómo gestionar la traición de acuerdo con la Biblia. Sabía que su carácter era más importante que su reputación.

Cuando luchamos a la desesperada por proteger nuestra reputación, normalmente avivamos la vanidad. Queremos que nos vean como ganadores. Queremos ser nosotros quienes estemos por encima. No obstante, tu verdadera identidad no se encuentra en los registros de un tribunal local ni en los chismes de tu comunidad. Tu identidad está escondida con Cristo. Si Dios conoce la verdad, no tienes que pasarte la vida tratando de convencer a los demás. Puedes permitirte el lujo de que te malinterpreten durante un tiempo. Puedes permitirte el lujo de dejar que otra persona tenga la última palabra y aprender a vivir en paz. Esa es

LA GUERRA ESPIRITUAL: CÓMO DESCUBRIR LA SABIDURÍA DE DIOS EN UNA BATALLA LEGAL

una libertad robusta que solo llega cuando dejas de intentar ser tu propio salvador.

El costo real

He visto a gente ganar un caso judicial y salir con un cheque en la mano, pero su alma parecía un desierto. Tenían sus noventa centímetros de terreno, pero habían perdido la capacidad de amar al prójimo y olvidado cómo perdonar a quienes les hacen daño. Se habían vuelto desconfiados y airados, alejados de lo que supone superar el rencor. Habían ganado la guerra, pero habían perdido justo aquello que los hacía quienes eran en Cristo. Hubo momentos en que Jesús no se limitó a discrepar de otras personas y mirar para otro lado. Por ejemplo, se tomó el tiempo de hacer un látigo para expulsar a los mercaderes instalados en el atrio exterior del Templo, pero lo hizo para defender a aquellos a quienes se les denegaba el acceso a Dios. A corto plazo, esto dañó su reputación ante el pueblo.

La raíz del fuego no está en los actos de la otra persona, sino en nuestra negativa a aprender a confiar en Dios en tiempos difíciles y a creer que Él protege mejor nuestra vida que cualquier despacho de abogados. Por supuesto, al ahondar en lo que dice la Biblia sobre los pleitos, el Nuevo Testamento enseña que la autoridad lleva la espada por un buen motivo («impartir justicia»), «pues está al servicio de Dios» (Rm 13:4b). Así, la Biblia no prohíbe acudir a un tribunal en modo alguno, pero cuando tu móvil es la venganza, una recompensa o conseguir lo que mereces, estás vulnerando todos estos principios bíblicos de toma de decisiones. Ahora bien, si estás tratando de rescatar a alguien de las garras del mal o de salvar algo que crees que Dios ha instituido para su gloria, quizá el tribunal sea la jurisdicción correcta. En general, el principio es muy claro: no vayas a la corte, ya que la iglesia será la que juzgue. Si tienes algún problema, acude a la iglesia, acude a los ancianos.

Sin embargo, ¿cuál es nuestra inclinación inicial? Pelear por miedo. Tenemos miedo de que si no nos defendemos nosotros, nadie lo hará, pero el evangelio nos explica que tenemos un Padre dueño del «ganado de miles de colinas» (Sal 50:10b). No somos huérfanos que tengan que pelearse por las sobras, sino herederos a quienes ya se les ha prometido el reino entero.

Cuando lo comprendes, la trampa del merecimiento pierde su poder. El ídolo de la equidad empieza a desmoronarse. El fantasma de la reputación ya no es tan aterrador. Por fin puedes dejar de cerrar los puños y comenzar a vivir con las manos abiertas. Eso no quiere decir que nunca firmes un contrato ni tampoco que dejes que la gente te pisotee, pero sí que tu paz no depende de si ganas o no. Puedes aprender a tener paz

GUÍA DE CAMPO

mental y a manejarte en un sistema quebrantado sin que ese quebranto entre en tu corazón. La fe auténtica rara vez es impecable, pero recibimos gracia para la tarea de soltar.

2

EL TRIBUNAL Y LA CRUZ

Conozco esa fría sensación puntual en las entrañas cuando estás en el pasillo de un juzgado. El aire es reciclado, el suelo pulido tiene un brillo de espejo, y estás rodeado de personas con traje que, por regla general, no saben tu nombre y a las que, sinceramente, tal vez tu historia les importe poco. Para ellas eres un número de caso. Los tribunales se sienten entonces como el único «hermano mayor» que te queda para arreglar las cosas. No obstante, para ser honestos sobre las enseñanzas de la Biblia, es necesario contemplar un fragmento del Nuevo Testamento que la mayoría preferiríamos pasar por alto. Me refiero a ese punto en que el funcionamiento del mundo choca de frente con el del reino.

El corrompido espejo corintio

Cuando Pablo escribió la primera epístola a la iglesia de Corinto, se dirigía a un grupo de personas idénticas a nosotros. Los corintios eran ambiciosos y prósperos y estaban sumamente obsesionados con sus derechos. Vivían en una cultura a la que le encantaba un pleito en toda regla. En la antigua Corinto, los tribunales eran, en esencia, escenario de intrigas sociales. Si eras capaz de ganar un caso contra un rival, no solo obtenías dinero, sino también estatus. Demostrabas al mundo que eras tú el que estaba por encima.

Pablo se adentra en esa situación en 1 Corintios 6:1 y parece totalmente atónito. Les pregunta: «Si alguno de ustedes tiene un pleito con otro, ¿cómo se atreve a presentar demanda ante los injustos, en vez de acudir a los creyentes?». Está frente a personas que afirman que un día juzgarán al mundo y «aun a los ángeles» (1 Co 6:2–3), pero que son incapaces de resolver entre sí —o sea, entre hermanos o creyentes— una disputa por un trato comercial o por una propiedad.

Pablo califica esto de «falla» (1 Co 6:7a) incluso antes de que empiece el juicio. Eso suele ser lo más impactante. Creemos que si el veredicto nos

es favorable, habremos ganado la batalla. Sin embargo, Pablo denuncia en ese versículo que «el solo hecho» de que tengamos un pleito con un hermano «ya es una grave falla» nuestra. Ya hemos perdido lo más importante: nuestro testimonio. Hemos ventilado los trapos sucios de la familia del reino delante de personas que ni creen en el Padre. Hemos transmitido al mundo que la gracia de Dios no es lo bastante sólida como para manejar una discrepancia en un contrato.

Una pregunta dolorosa

Pablo deja caer entonces la pregunta que sienta como un puñetazo en el estómago: «¿No sería mejor soportar la injusticia? ¿No sería mejor dejar que los defrauden?» (1 Co 6:7b).

Llevo mucho tiempo dándole vueltas a esa pregunta y, siendo sincero, sigue sin gustarme la respuesta que me da. Nuestro instinto natural es gritar que no es justo, pero Pablo insinúa que, para un cristiano, dejarse defraudar podría ser mejor que ganar un pleito a costa del evangelio. Nos pide que consideremos nuestra cuenta bancaria menos importante que la reputación de Cristo.

No es una rendición débil y pasiva. Es una decisión dura y difícil confiar en que Dios lleva las cuentas mejor que nosotros. Cuando nos negamos a soportar la injusticia, en la práctica estamos diciendo que no creemos que Dios pueda resarcirnos. Estamos actuando como huérfanos que tienen que pelear por cada centavo porque no tenemos un Padre dueño de todo.

Y si el otro no es un hermano, ¿entonces qué? En primer lugar, hay ciertos casos que, por ley, deben someterse a la autoridad judicial; busca asesoramiento jurídico para saber cuáles son. En segundo lugar, esto no quiere decir que los cristianos nunca debamos acudir a los tribunales ni que no debamos respetar a aquellos jueces que no conocen a Cristo. Sin embargo, cuando un creyente tiene una disputa con un incrédulo, no procede abrir un expediente interno en la iglesia, pues no hay una comunidad cristiana común que pueda arbitrar. Los principios subyacentes –móvil, testimonio y más confianza en los sistemas mundanos que en la sabiduría cristiana– continúan siendo pertinentes. Esa preocupación puede ser menos apremiante cuando se trata con incrédulos, pero la cuestión del móvil y del testimonio sigue siendo válida.

El límite de la justicia

Ahora quiero ser muy cauto. Pablo no sugiere que la ley sea mala ni que el Estado no debería existir. En Romanos 13:4 nos dice que el Estado tiene un motivo para llevar la «espada»: estar «al servicio de Dios» para descargar su ira sobre el malhechor. Existe una enorme diferencia entre una disputa civil por dinero y una situación que implica protección ante un daño real.

Si te hallas ante un escenario de maltrato, un delito o una situación de riesgo para la integridad física de alguien, no estás ante una simple «minucia» entre hermanos, sino ante una vulneración del orden establecido por Dios para que el mundo no se suma en el caos. En esos casos, la ley es un don. Denunciar un delito o buscar protección no es soberbia: es cumplir el mandato de asistir a los vulnerables.

El problema es que hemos empezado a utilizar esa «espada» del Estado para resolver agravios personales. La usamos para vengarnos de un socio que nos molestaba o para sacar unos pocos dólares más de un trato. Tenemos que ser lo suficientemente honestos para preguntarnos: «¿Estoy utilizando la ley para proteger al inocente o para obtener lo que creo que se me debe?». Es una distinción importante.

La iglesia como tribunal

La mayor tragedia de todo esto es que hemos dejado de confiar en la sabiduría de la gente que Dios ha puesto en nuestra vida. En 1 Corintios 6:5b, Pablo les pregunta: «¿Acaso no hay entre ustedes nadie lo bastante sabio como para juzgar un pleito entre creyentes?». Advierte que la iglesia debería ser el lugar donde encontráramos la verdadera justicia porque es el único lugar que realmente comprende la gracia.

No obstante, a decir verdad, la mayoría no queremos acudir a los ancianos. Recurrimos al Estado porque dispone de un mazo. El Estado puede obligar a la gente a actuar. El Estado no nos interroga acerca de nuestra soberbia: observa las leyes. Hemos empezado a confiar más en el Estado que en la iglesia porque no queremos abordar la complicada tarea de la reconciliación. Preferimos que un juez nos dé la razón a que que un hermano nos llame soberbios.

Cuando dejamos de lado la iglesia para acudir al juzgado, estamos admitiendo que no creemos que la sabiduría de Dios sea práctica en la vida real. Le hemos cedido la autoridad de nuestra familia en la fe a un

sistema laico que no tiene la menor idea de lo que significa la cruz. Debemos hallar la manera de volver a confiar más en los hermanos que en un desconocido con toga. Eso supone estar dispuestos a escuchar a quienes conocen nuestra alma, aunque nos aconsejen que lo mejor que podemos hacer es olvidarnos del dinero.

El veredicto final

En resumidas cuentas, confiar en que el mazo del Estado solucione tu vida es una forma muy dura de vivir. Te mantiene en un bucle de ansiedad. La cruz, en cambio, brinda otra clase de justicia. Colosenses 2:14b señala que Cristo anuló la «deuda que nos era adversa». Sí, a nosotros. Si esa deuda ha sido pagada, no tenemos que pasarnos la vida intentando cobrar a la desesperada cada deuda que tengan con nosotros.

Puedes enfrentar un conflicto adoptando una postura totalmente distinta. Puedes ser tú quien esté dispuesto a aceptar la derrota si con ello la paz de la iglesia se mantiene intacta. No se trata de dejarte avasallar, sino de vivir la realidad de que ya eres ciudadano de otro reino cuyas calles son de oro; de ver que lo más eficaz que puedes hacer en una disputa no es ganar el caso, sino mostrarle al mundo que tienes un Rey que vale más que nada de lo que puedan llegar a arrebatarte.

3

EL PROTOCOLO DE MATEO 18

He visto romperse más amistades y alianzas comerciales por un mensaje de texto malinterpretado que por casi cualquier otro motivo. Todo comienza con algo insignificante: un pago atrasado, un proyecto que no salió del todo bien o un comentario que sonó demasiado ácido. En vez de levantar el teléfono o acercarnos a la oficina del otro, nos ocultamos tras una pantalla. Escribimos un mensaje, lo borramos, lo reescribimos y, al final, presionamos «Enviar» con una pequeña descarga de adrenalina en el pecho. Esperamos. Estamos atentos a los tres puntitos. Para cuando termina la conversación, ambas partes hemos leído entre líneas cosas que ni siquiera se dijeron y, de pronto, alguien menciona a su abogado.

La mayoría de los problemas legales que he presenciado en la iglesia podrían haberse evitado si la gente hubiera tenido el valor de sentarse frente a frente en torno a una mesa, sobre todo para tratar con personas difíciles de las comunidades cristianas. Sin embargo, hemos perdido el arte de mantener conversaciones incómodas. Preferimos pagarle a un abogado quinientos dólares la hora para que sea nuestro vocero antes que mostrarnos vulnerables durante veinte minutos con alguien que nos ha ofendido. Si queremos eludir el tribunal, tenemos que remontarnos al protocolo que nos dio el Maestro.

El cara a cara frente a la comunicación entre pantallas

Mirar a los ojos de otro ser humano tiene algo que modifica la temperatura de un conflicto. Cuando miras una pantalla, la persona que hay al otro lado no es un prójimo hecho a imagen de Dios, sino un mero obstáculo para tu felicidad. Es fácil ser frío, rígido y exigente cuando escribes. Sin embargo,

cuando ambos se encuentran en la misma estancia, puedes percibir la duda en su voz y el estrés en su rostro. Se rescatan muchos de los matices que nos hacen humanos.

En Mateo 18:15a, Jesús ordena: «Si tu hermano peca contra ti, ve a solas con él y hazle ver su falta». Observa que el primer paso no es contárselo a tu abogado, ni a tu cónyuge, ni a tu mejor amigo: es hacerle ver a tu hermano su falta. En el mundo antiguo, eso suponía un movimiento físico, una aparición en persona.

Cuando te sientas frente a alguien en una mesa, es mucho más difícil mantener una narrativa del «villano». Te ves obligado a verlo como una persona que probablemente tenga sus temores y sus presiones. En la mayoría de las ocasiones descubrirás que la «injusticia» no fue un ataque calculado: fue un error, un malentendido o una semana pésima, cosa que no sabrás si te escondes detrás de una pantalla. El arte de mantener conversaciones incómodas consiste en tener el valor de estar allí presente, en estar dispuesto a escuchar tanto como a hablar. Si no puedes mirar a alguien a los ojos y decirle por qué estás dolido, lo más probable es que tampoco tengas motivo para llevarlo a los tribunales.

Los tres pasos hacia la paz

Jesús no se limitó a ordenarnos ser amables: nos dio un procedimiento concreto y estricto de gestión de conflictos. Solemos denominarlo el protocolo de Mateo 18, pero la mayoría lo consideramos más una sugerencia que un mandato.

El primer paso es esa conversación cara a cara en privado. El objetivo no es «ganar» la discusión, sino ganarse al hermano. Si llegas a la reunión con una lista de exigencias y una actitud de «lo tomas o lo dejas», ya has fracasado. Vas a proponer la paz. Vas a ver si hay algún modo de resolver el asunto sin implicar al resto del mundo.

Si eso no funciona, Jesús aconseja que lleves contigo «a uno o dos más» (Mt 18:16a). Aquí es donde la mayoría de las personas se equivocan. Llevan a su «equipo», a quienes saben que las defenderán y les darán la razón. En cambio, según el texto, hay que llevar testigos para que «todo asunto se resuelva» (Mt 18:16b). No llevas a la gente para que se ponga de tu parte; la llevas para que los ayude a ambos a ver la verdad.

Llevar un testigo significa incorporar a alguien que los ame a ambos y ame la verdad más que a ustedes. Su labor es ser la «cabeza fría» del lugar. Está ahí para detectar en qué aspectos puedes estar siendo irracional tú

LA GUERRA ESPIRITUAL: CÓMO DESCUBRIR LA SABIDURÍA DE DIOS EN UNA BATALLA LEGAL

y en cuáles puede estar obstinada la otra persona. Es una forma de decir: «Como no podemos resolver esto nosotros, incorporamos una perspectiva externa para preservar la objetividad». Si, en efecto, siguiéramos este paso, el noventa por ciento de nuestras disputas se acabarían justo ahí. No necesitaríamos un juez porque tendríamos la sabiduría de la comunidad. Estos dos primeros pasos de sabiduría podrían funcionar incluso fuera de la iglesia con el arbitraje de un tercero.

La eficacia de un tercero

El tercer paso, como se indica en Mateo 18:17, es decírselo a la iglesia. En el mundo moderno ya no hay cabida para algo así. Creemos que la iglesia es para el culto y las comidas compartidas, no para resolver litigios comerciales, pero, como comentamos en la segunda parte, a Pablo le sorprendía que los cristianos confiaran más en un juez laico que en la sabiduría de los ancianos.

La presencia de un tercero –un mediador formal, un pastor o un amigo dotado de sabiduría– significa reconocer que hay cosas que no ves. Cuando estás enojado se estrecha tu perspectiva. No ves más que las injusticias padecidas y consideras a la otra persona un monstruo, desdibujando la distinción bíblica entre lo verdadero y lo falso. Te conviertes en un experto en tu propia defensa y en fiscal del carácter del otro.

Un tercero dotado de sabiduría ve lo que tú no. Puede hacerte las preguntas que temes y señalar en qué aspectos tu soberbia está impidiendo la resolución del conflicto. He estado en salas donde un mediador formuló una sola pregunta que acabó con toda la tensión porque obligó a ambas partes a fijarse en su propio corazón, no en la cuenta bancaria de la otra persona.

Confiar en un tercero requiere una humildad enorme. Supone admitir que es posible que no conozcas toda la historia y estar dispuesto a acatar la sabiduría de otra persona aunque no te dé todo lo que desees, pero ese es el esfuerzo que implica la vida cristiana: creer que la paz del cuerpo de Cristo es más valiosa que tu franja de tierra de menos de un metro. El

arbitraje por parte de un tercero va en aumento en el mundo de los negocios y debería tenerse en cuenta para futuros acuerdos contractuales.

El protocolo de la cruz

En última instancia, el protocolo de Mateo 18 es una forma práctica de vivir la cruz. Se trata de mostrarte dispuesto a acercarte a la persona que te ha ofendido, en vez de alejarte de ella o ponerte en su contra; de buscar la reconciliación en lugar de un veredicto.

Cuando seguimos esta senda, anunciamos por doquier que nosotros tenemos otra manera de gestionar el caos. Proclamamos que la gracia que hemos recibido de Dios es tan grande que puede compensar una deuda, un contrato incumplido o un ego herido. Demostramos al mundo que no necesitamos un mazo para encontrar la paz porque tenemos un Pastor que nos guía.

No será bonito. Estas conversaciones son incómodas, emotivas y, a menudo, agotadoras. Es mucho más «aséptico» que los abogados se encarguen de todo, pero el camino «aséptico» conduce a la muerte de una relación. El camino complicado —cara a cara, dando testimonio y confiando en la iglesia— es el de la vida, la única vía para resolver un conflicto sin perder el alma en ello. Antes de dar el siguiente paso en dirección a los tribunales, pregúntate si realmente has seguido el protocolo. ¿Has mirado a los ojos del otro? ¿Has instado a un amigo dotado de sabiduría a que te advierta en qué te equivocas? ¿Has confiado en la sabiduría de la iglesia? O, dentro de la comunidad en general, ¿te has planteado el arbitraje de un tercero? Empecemos por ahí.

4

ASTUTOS COMO SERPIENTES Y SENCILLOS COMO PALOMAS

Son muchos los que me han manifestado a lo largo de los años que no necesitan un contrato porque son «hermanos cristianos» y su vínculo es un apretón de manos. Suenan espiritual, ¿no? Suenan a que confían en el Espíritu Santo y no en un despacho de abogados. No obstante, en la mayoría de las ocasiones, ese apretón de manos «espiritual» es en realidad pereza o miedo a una conversación incómoda. Seis meses después, cuando el proyecto excede el presupuesto y las expectativas no encajan, ese apretón de manos se transforma en un puño.

El mundo es dado a los pleitos, y eso no va a cambiar hasta que el Maestro regrese. Sin embargo, ser un mayordomo fiel no significa dejarse avasallar. Jesús nos dijo en Mateo 10:16b que fuéramos «astutos como serpientes y sencillos como palomas». Eso implica adentrarse en el mundo con los ojos bien abiertos. No ignoras la realidad de un mundo quebrantado: te manejas en él con una sabiduría robusta que protege los bienes del Maestro al tiempo que mantiene tu corazón limpio.

Los contratos como mayordomía

Es preciso que dejemos de ver un contrato como una señal de falta de confianza. De hecho, un acuerdo claro por escrito es un acto de amor, una forma de proteger al prójimo de un malentendido y a ti mismo de tu mala memoria. Según Proverbios 27:23b, hemos de saber cómo está nuestro ganado. En el mundo moderno, tu «ganado» es tu negocio, tu propiedad y tus acuerdos.

Un apretón de manos es un saludo excelente, pero también una manera terrible de gestionar una colaboración compleja. Cuando la plasmas por escrito, estás poniendo límites: «Esta es mi responsabilidad, y esta otra es la tuya». Unos límites claros evitan los conflictos que acaban en los tribunales. La mayoría de los conflictos legales comienzan en las zonas grises, donde alguien «pensó» que algo estaba implícito. Al ser preciso y profesional, honras a la otra persona. Le aportas transparencia. Un buen contrato es un modo de garantizar que ambas partes puedan conservar la amistad aunque el acuerdo comercial fracase. No es falta de fe, sino una modalidad de mayordomía que acata la realidad de la falibilidad humana.

El peligro de ser fiador

Una de las maneras más rápidas de desembocar en una pesadilla legal es ser «bueno» en contra de la advertencia bíblica concreta. Me refiero a ser avalista de alguien o «fiador» en una deuda. Proverbios 6:1-5 es sumamente directo al respecto. Te dice que si te has comprometido con otro, te has enredado «con tus propias palabras», e incluso que «no permitas que se duerman tus ojos» hasta que no te hayas librado del cazador como la gacela.

Con frecuencia somos avalistas porque queremos ayudar o porque nos da miedo decir que no. No obstante, cuando eres fiador, básicamente estás apostando los recursos del Maestro a que la otra persona cumpla. Asumes una responsabilidad legal sobre la que no tienes control alguno. Si esa persona no cumple, el abogado viene por ti. He conocido casos de familias que perdieron su hogar y su paz porque procuraron ser «buenas», desoyendo la sabiduría de las Escrituras. La verdadera mayordomía implica saber cuándo negarse, entender que eres administrador del oro de Dios y que no tienes derecho a arriesgarlo con tal de no tener un almuerzo incómodo.

Cuando tú eres el acusado

Algunas veces, pese a esforzarte al máximo por ser justo y claro, te acaba llegando la demanda. Recibes un ataque que parece completamente injustificado. La reacción humana natural es ponerse a la defensiva. Quieres ocultar bienes, detener el procedimiento y encontrar todos los resquicios legales posibles para que el otro sufra.

No obstante, si eres mayordomo, tu carácter no cambia porque te denuncien. Sigues representando al Rey aunque estés en el banquillo de los acusados. Esto supone no mentir y no provocar una paralización

LA GUERRA ESPIRITUAL: CÓMO DESCUBRIR LA SABIDURÍA DE DIOS EN UNA BATALLA LEGAL

«estratégica» que materialmente sea un modo de eludir la verdad. Proverbios 12:22a señala: «El Señor aborrece a los de labios mentirosos», lo que no deja de ser cierto durante una declaración.

Administrar los bienes del Maestro en medio de un pleito implica preocuparte más por tu integridad que por el resultado. Aportas los documentos que debes aportar, dices la verdad aun en perjuicio de tus argumentos, tratas al abogado contrario con un nivel de respeto que es probable que no haya visto en toda la semana y no dejas que el fuego del conflicto se introduzca en tu espíritu.

Ser acusado es una prueba para tu confianza, una oportunidad para mostrarle al mundo que tu seguridad no depende del veredicto. Si pierdes, el Maestro continúa en el trono; si ganas, la victoria será un recurso más que administrar. El objetivo no es «ganar» el caso, sino salir del tribunal con el alma libre de amargura. Sigues siendo astuto, profesional y sencillo, y esta es la única forma de recorrer el camino sin extraviarte.

5

LAS CICATRICES DE LA PELEA

Salgas de ese tribunal portando un cheque o una factura, llevarás una carga. Suele pensarse que, una vez que el juez golpea el mazo y cierra el caso, puedes dar vuelta la página y retomar tu vida normal, pero no es así. Una batalla legal es una experiencia muy estresante y conflictiva que te deja cicatrices en el alma. Has pasado meses, quizá años, a la defensiva. Has contemplado a otro ser humano como si fuera un adversario al que derrotar. No se puede salir de semejante presión sin cicatrices.

La auténtica prueba para tu fe no es cómo enfrentas el juicio, sino cómo enfrentas las consecuencias, lo que haces con la «victoria» o la «derrota» después de que los abogados hayan dejado de llamar y todo por fin se haya calmado.

El veneno del rencor

Si perdiste el caso, la tentación de hundirte en la amargura es casi abrumadora. Sientes que el sistema te falló, como si el otro se hubiera salido con la suya tras un asesinato y Dios estuviera durmiendo mientras te robaban. Quieres reproducir mentalmente la declaración para idear la réplica perfecta que deberías haber respondido. Quieres contarles a tus conocidos lo injusto que fue todo. Sin embargo, la cruda verdad es esta: el rencor es un veneno que bebes esperando que la otra persona muera. No le hace daño al otro; te deja vacío a ti.

Si ganaste, el peligro es todavía más sutil. Es posible que sientas un torrente de orgullo, como si el mundo hubiera defendido tu «razón». También puede ser que empieces a mirar con suspicacia a la gente, aguardando a que otra persona intente algo para poder acabar también con ella. Ganar puede hacerte frágil. Puede hacerte pensar que tu seguridad radica en tu capacidad de pelear y ganar. Hayas ganado o perdido, tienes que buscar la manera de olvidarte del «caso» para que no se convierta en tu identidad. Eres hijo del Rey, no un «demandante» ni un

LA GUERRA ESPIRITUAL: CÓMO DESCUBRIR LA SABIDURÍA DE DIOS EN UNA BATALLA LEGAL

«acusado». Esas denominaciones son pasajeras. No dejes que un conflicto pasajero defina tu carácter permanente.

El Juez Final

Lo más sensato que puedes hacer después de un veredicto es recordar que cada tribunal terrenal «es solo una sombra» (Hb 10:1a). Los jueces son humanos: se cansan, se aburren y, a veces, se equivocan. Hay pruebas que se pierden y gente que miente. Si buscas la justicia perfecta en un mundo quebrantado, siempre te decepcionarás.

No obstante, hay una paz que proviene de saber que Dios ve la verdad. No necesita una declaración ni un interrogatorio para saber qué pasó en aquella sala de juntas ni en aquella franja de tierra de noventa centímetros. Él estaba allí. Conoce los móviles, las murmuraciones y las intenciones ocultas. Si fuiste objeto de una injusticia y el tribunal no lo vio, Dios sí, y si hiciste el mal y te saliste con la tuya, también lo vio.

Vivir a la luz del Juez Final cambia tu forma de respirar. No tienes que dedicar tu energía a tratar de convencer al mundo de que fuiste la víctima o el héroe. Puedes descansar en el hecho de que el veredicto final sobre tu vida no depende del desenlace de un litigio civil, sino de la misericordia que has recibido y la fidelidad que has demostrado en el caos. Cuando te das cuenta de que el Rey del universo es el único que empuña el mazo, la corte terrenal comienza a parecer mucho más insignificante. Puedes seguir adelante aunque el mundo jamás te dé la razón.

En resumidas cuentas, la batalla legal fue una época más para ejercer la mayordomía. Si perdiste dinero, de entrada era dinero del Maestro. Si perdiste la reputación, tu verdadero nombre continúa a salvo en el cielo. Las cicatrices que te ha dejado la pelea no son señales de fracaso: son recordatorios de que vives en un mundo que necesita el evangelio.

No dejes que el fuego del tribunal endurezca tu corazón. Opta por mantenerte flexible, generoso y centrado en la misión. El camino es duro, y la caminata es brutal en ocasiones, pero la meta está al llegar. Además, cuando te presentes ante el Maestro, no te pedirá el historial de victorias y derrotas. Mirará tus manos para ver si todavía están abiertas. Así sea.

CONCLUSIÓN

Quiero contarte otra historia. Conocí a un hombre cuyo caso era «pan comido» para todos los abogados de la ciudad. Tenía los contratos, los correos electrónicos y un socio que lo había calumniado de manera clara e innegable para robarle una cartera de clientes. Estamos hablando de un acuerdo que le habría procurado a este hombre una jubilación muy cómoda. Estaba a punto de lograr una victoria bestial y tenía todo el derecho a ella desde el punto de vista jurídico.

Sin embargo, una semana antes del juicio, entró al despacho de su pastor y le dijo que retiraría la demanda. No había cambiado de opinión sobre los hechos: se había dado cuenta de que la «victoria» le iba a costar a su hermano. Me contó que cada vez que miraba el expediente judicial, dejaba de ver a un hombre con el que había servido en la iglesia durante quince años y empezaba a ver a un «acusado». Comprendió que si ganaba el dinero, perdería a la persona, y en la economía del reino eso era mal negocio. Se apartó de una victoria segura, no porque fuera débil, sino porque era rico en cosas que el tribunal no podría entender. Decidió que su paz valía más que su ganancia.

Esta es la dura realidad de la vida a la que estamos llamados. Hemos dedicado el conjunto de esta guía a contratos, derechos y protocolos judiciales, pero nada de eso constituye tu morada. Si intentas construir tu vida sobre las arenas movedizas de la justicia humana, siempre estarás ansioso, siempre a un veredicto desfavorable del colapso. Pero tu herencia, la de verdad, no está guardada en un banco local ni archivada en el registro de la propiedad del condado. Está reservada en la Nueva Jerusalén, una ciudad con unos cimientos que ningún abogado puede sacudir y a la que ningún ladrón puede entrar.

Cuando compruebas que tu futuro está totalmente asegurado, puedes tener las manos abiertas. Puedes manejarte en un mundo quebrantado y dado a los pleitos sin que eso te rompa. Puedes decidir ser «defraudado» aquí porque sabes que allí vas a ser premiado. El éxito del mayordomo es descubrir que un acuerdo es una redistribución temporal del oro del Maestro, pero que tu paz es un regalo eterno del propio Maestro.

Oración por el corazón que se halla en plena tormenta

Padre Celestial, Juez Soberano de toda la tierra, traigo ante ti al hombre o a la mujer que ahora mismo esté leyendo esto con el corazón acelerado. Oro por aquel que acaba de recibir esa carta por correo, por el que se enfrenta a una amenaza legal y por aquel que siente su seguridad arrebatada por un sistema injusto. Señor, la presión es intensa y el miedo es real.

Te pido que les concedas tu paz sobrenatural, esa que no tiene lógica alguna para un mundo obsesionado con ganar. Recuérdales hoy que eres su Protector y Proveedor. Cuando las voces del mundo griten reclamando derechos y justicia, que tu voz sea la que sobresalga y les recuerde que ellos son hijos tuyos. Dales valor para ser astutos como serpientes, pero también la gracia de seguir siendo sencillos como palomas.

Ayúdalos a dejar de cerrar los puños. Si tienen que presentarse en un tribunal, que entren como mayordomos de tu reputación, no de la suya. Si tienen que firmar un acuerdo, que lo hagan con un corazón libre de amargura. Dirige de nuevo su mirada al Príncipe de Paz, que asumió la máxima injusticia para que nosotros pudiéramos recibir la herencia final. Que hallen descanso, no en el veredicto de un juez, sino en la obra terminada de la cruz, amén.



El doctor **RICHARD JOHN PERHAI** se desempeña como vicepresidente y decano de Estudios Académicos del Seminario Teológico de Kiev, donde es profesor de Biblia y Teología desde 2003. Tiene un doctorado magna cum laude en Teología Sistemática por el Seminario Bíblico Bautista, y un doctorado en Exposición Bíblica por el Seminario Teológico de Dallas. Es autor de La teoría de la Escuela de Antioquía en los escritos de Teodoro de Mopsuestia y Theodoreto de Ciro (Fortress Press, 2015).

El doctor **LARRY OATS** es un veterano profesor de Biblia y exdecano del Seminario Bautista Maranatha (2009-2019), con más de 40 años de servicio en la Universidad Bautista Maranatha, en Watertown (Wisconsin). Graduado de dicha universidad, tiene un doctorado en Teología Sistemática y se especializa en fundamentalismo e historia bautista.

